



# La angustia de Cristo

Dario Gallego S. J.

*«La angustia es la gran fisura del ser humano; pero él puede enfrentarse con ella, deglutirla, vencerla».*

L. IBOR, «La angustia vital»

**S**i bien hoy tiene una frecuencia y características sin precedentes, la angustia siempre ha existido. Tristeza, acedia, *spleen*, neurastenia o angustia vital han sido distintas máscaras, adaptadas a la sicología de los tiempos, de los estados disfóricos de Sarró o alteraciones del estado de ánimo de signo opuesto a la euforias. Actualmente, la muerte de la esperanza, la inseguridad del porvenir y la agonía de la fe son, para Blanco Soler, los tres colores que ensombrecen la sicología.

La angustia brota filosóficamente de la melancolía de Kierkegaard y se bifurca en dos caminos: con y sin Dios al fondo. Kierkegaard jalona la primera ruta. La angustia sería la consecuencia de aquel pecado, que consiste en la falta de conciencia del pecado. Dos siquiátras, Jores y Caruso, afirman la relación angustia-pecado, como eco de la transgresión de las leyes divinas. La inseguridad humana nacería con el pecado original, ya que al perder el hombre los dones preternaturales sería un ser abocado a la enfermedad, al sufrimiento, a la muerte. Ese sentimiento se enraizaría de tal modo que, para Malraux, sería una manera de ser esencial de la condición humana.

Ahora bien, la muerte, para los adelantados del existencialismo ateo, sería un disolverse en la Nada. Perdidas las esperanzas, cristianas o no, el hombre se sentiría acobardado, inseguro. Por lo tanto pienso a la angustia.

Si consideramos las distintas variedades de angustia, a través de un buen conocedor como el profesor L. Ibor, hallamos dos grandes tipos: normal y anormal.

La normal o antropológico-existencial es "un componente normal de la personalidad humana" (1). El Dr. Barahona la define como "aquella tensão inquietada do viver que tem levado a humanidade ao progresso cultural. Tem, pois, un valor positivo, propulsivo da formação de Personalidade e sua elevação espiritual" (2).

La anormal presentaría distintas cualidades miscibles entre sí: angustia vital, sicótica y reactiva síquica. Serían, salvo excepciones notables e incluso geniales, negativas, inhibitorias, regresivas de la personalidad. Ahora bien, los estados disfóricos admiten numerosas modalidades según la proporción con que entre a formar parte de ellas la angustia.

#### La angustia de Cristo en Getsemani

Los sinópticos han descrito con distintas tonalidades efectivas los padecimientos del Señor en la sublime escena del Huerto de los Olivos. Analizamos su valor psicológico, partiendo de las definiciones del Pr. L. Ibor —"Lecciones de Psicología" y "La angustia vital".

La tristeza es una experiencia íntima, causada por la pérdida de algo y vacío subsiguiente. ¿Qué perdía Cristo? Su vida entre horribles padecimientos.

(1) LOPEZ IBOR, *Clausura del Symposium, Actas Luso-Españolas de Neurologia y Psiquiatria*, Madrid, septiembre 1961, 125.

(2) BARAHONA FERNANDES, *Farmacopsicoterapia da angustia*, Ib., 21.

#### EVANGELIO DE S. MATEO 26,37

*Comenzó a sentir tristeza y angustia* (Leal)

*Comenzó a entristecerse y angustiarse*

(Nácar Colunga)

*Comenzó a sentirse triste, a sentir abatimiento*

(Bover Cantera)

*Comenzó a entristecerse y angustiarse* (Gomá)

#### EVANGELIO DE S. MARCOS 14,33

*Comenzó a sentir pavor y angustia* (Leal)

*Comenzó a sentir temor y angustia*

(Nácar Colunga)

*Comenzó a sentir espanto y abatimiento*

(Bover Cantera)

*Comenzó a atemorizarse y a acongojarse*

(Gomá)

#### EVANGELIO DE S. LUCAS 22,44

*Entrando en agonía* (Leal)

*Lleno de angustia* (Nácar Colunga)

*Y venido en agonía* (Bover Cantera)

*Y entrando en agonía* (Gomá)

Su dignidad de hombre al ser condenado a la cruz. Las almas de los que despreciarían su Redención. El amparo del Padre, al hacerse solidario de la deuda humana ante la divina Justicia. "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mt. 27,46). Cristo lo siente. ¡Y en qué grado! "Mi alma está triste hasta la muerte" (Mt. 26,38; Mc. 14,34).

Para S. Marcos sería el miedo y no la tristeza el sentimiento consorte de la angustia. El temor es la perturbación ante un riesgo o mal concreto, conocido, externo. El espanto o terror es, para L. Ibor, miedo con unas gotas de angustia. Estos sentimientos parecen referirse a la inmediata Pasión y Muerte, conocidas por su ciencia infusa con claridad meridiana.

La depresión, para Ey, es la pérdida del impulso de la vida y de la esperanza, porque "algo se derrumba en él"

(3). Una experiencia donde se fusionan las tres Parcas del espíritu: miedo, tristeza y angustia.

Por último, la angustia, nuestro sentimiento clave común a las narraciones de los dos primeros evangelistas. Significa etimológicamente estrechez. L. Ibor la deslinda de la ansiedad usada ordinariamente como sinónima. Aquella es el temor de lo desconocido, hondo, sufrido con quietud, percibido a nivel del abdomen, del plexo solar más concretamente. La ansiedad se manifestaría más superficialmente con inquietud referida al plano respiratorio, con tendencia evasiva. El término congaja lo identifica la Real Academia con el de angustia.

Ahora bien, las expresiones analizadas son aplicables al hombre. Jesucristo es hombre, pero al mismo tiempo es Dios. Su divina Persona es inabordable a la ciencia. Por lo tanto un juicio psicológico sólo puede afectarle considerado como hombre.

¿Sufrió Jesús angustia existencial, no patológica? Jesús había aceptado el programa del Padre: existir como hombre y morir como Redentor. Era su más ardiente deseo. Conocía el futuro amargo y doloroso que le esperaba. Conocía la seguedad e ingratitud de los hombres. Le repugnaba. Y sin embargo, toma su Cruz. En ella figuraba la angustia. El la haría santificadora, redentora. Vida para los hombres, gloria para el Padre. Su reacción de aceptarla plenamente: "Padre, si quieres aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lc. 22,42) afirma el valor positivo que para el Profesor Barahona tiene la angustia normal.

### La herencia de Cristo

El hombre considerado biológicamente presenta dos planos coactores:

(3) HENRY EY, *Reflexiones sobre la psicopatología de la depresión*, Ib., 21.

herencia y ambiente. Salud y enfermedad son las intersecciones de sus coordenadas.

El Hijo de David fue concebido en las entrañas de María de Nazaret. De Ella recibió el depósito genético, la herencia de sus antepasados, según la carne; ¿Qué daría el biólogo por conocer las características que encerraba! Pero es racional juzgar que su anatomía y fisiología serían perfectas, como estuche de la Divinidad e instrumento apto para su exquisita sensibilidad, inteligencia y voluntad. Si damos crédito a la Sábana Santa, documento gráfico no refrendado por la Iglesia, su cuerpo era bien conformado en complexión y altura, salvo las huellas atribuidas a la Pasión. S. Pablo sólo indica que, excepto en el pecado, en nada se distinguió de los demás hombres.

El caso de la inglesa Mónica Jones, que no hace mucho tiempo promovió un revuelo publicitario, puso en juego la posibilidad en la especie humana de la *partenogénesis* o concepción a expensas de los cromosomas maternos, que desdoblados desarrollarían un ser hijo verdadera reproducción de la madre. Esta modalidad biológica se presenta espontáneamente en el pulgón, erizo de mar y algunos batracios. Artificialmente se han conseguido resultados positivos en algunos mamíferos, aunque con dificultad.

Algunos materialistas, intentando buscar una explicación científica a la concepción virginal de Cristo, se han detenido en esta suposición. Claro error, puesto que un ser engendrado por *partenogénesis* tiene que ser siempre femenino.

Biológicamente no se puede avanzar más. El investigador tiene que suspender sus indagaciones y dejar paso franco a la fe.

### ¿Angustia morbosa?

Que Cristo sufrió angustia es una realidad histórica. ¿Pudo haber sido pa-

tológica? ¿Pudo el Señor aceptar la enfermedad por nuestro amor?

Ya hemos visto que la enfermedad física no repugna, ya que quiso hacerse igual al hombre en todo. En su relato, los evangelistas no hablan de enfermedad a lo largo de la vida de Jesucristo. Sólo nos indica que sufrió hambre, sed, sueño, ira santa, llanto y compasión. Su angustia del Huerto nos parece totalmente justificada, connatural.

El Hijo del Hombre tuvo los actos del apetito sensitivo, aunque desprovistos de los defectos e imperfecciones que acompañan a los nuestros. Su temor a la muerte es independiente de la razón, pero no la inclina hacia lo ilícito ni oscurece su juicio impidiendo el cumplimiento de su Deber. Como señala el Dr. Royo-Villanova en su conferencia sobre "El misterio de Getsemaní visto por un médico", tal temor no es una fobia, una neurosis, sino una enseñanza de cómo debemos armonizar el temor de la muerte con la esperanza de la muerte.

### El sudor de sangre

La unión sustancial de alma y cuerpo conlleva una repercusión de lo síquico, manifestada a veces con marcada violencia. Una mente privilegiada, como la de Cristo, tenía que conocer y sentir con una intensidad desoñada en psicología. La emoción al repercutir en el sistema neurovegetativo del Redentor provocó aquella impresionante manifestación que no pasó por alto el evangelista médico: Jesús suda sangre.

El fenómeno es extraordinario, si atendemos a su frecuencia. Si atendemos a su origen, supone una exagerada reactividad vascular a los influjos nerviosos que ordinariamente será patológica, aunque no repugna dentro de la función normal la existencia de modificaciones y alteraciones de la permeabilidad de los vasos sanguíneos en estados agónicos y en la fatiga motivada por el esfuerzo excesivo.

La literatura referente a la *hematidrosis* o sudor de sangre no es muy abundante, aunque recoge casos citados por Aristóteles (4) Teofrasto, Parrot, Hus... Juan Maldonado S. I conoció el caso de un reo, que sufrió un sudor de sangre al comunicársele la sentencia de muerte (5). Caizargues refiere una observación personal: "Yo fuí sorprendido al examinar su rostro, su cuello, la parte anterior del pecho, el hueco de las axilas, etc.; de ver rezumar sin ninguna solución de continuidad de la piel, a través de los poros de este órgano, pequeñas gotas de sangre muy viva, muy roja y de una consistencia natural. A medida que estas gotitas trasudaban, eran reemplazadas por otras, que escapando también a través de la piel, se extendían sobre su superficie, formando una especie de rosado y un verdadero sudor. Cuando la enferma se levantó, las sábanas, las camisas, todo estaba teñido de sangre, lo que señalaba que el sudor había sido general (6).

La *hematidrosis*, para Judica, es hoy "un fenómeno bien conocido en su sede, el retículo basal de la glándula sudorípara; en su mecanismo, la *diapedesis* o fuga de los corpúsculos sanguíneos a través de las paredes de los capilares; en su patogénesis, la acción nerviosa (7). El Dr. Riquelme subraya que las enormes depresiones morales o grandes conmociones del siquismo, no faltan nunca en los casos conocidos (8). Para el Dr. Blanco Soler" el Señor sudó sangre como expresión de la intensidad a que estuvo sometido su centro vegetativo superior y los nervios que gobiernan no sólo los vasos, sino los índices qui-

(4) ARISTOTELES, *Hist. anim.*; III, 19.

(5) JUAN DE MALDONADO, *Comentarios a San Mateo*, BAC, Madrid, 1950, 967.

(6) CAIZARGUES, *Annales cliniques de Montpellier*, noviembre 1874.

(7) JUDICA CORDIGLIA, *La passione e la de N. S. Gesù Cristo illustrata dalla scienza medica*, M. D'Auria, Napoles, 1953, 15-16.

(8) RIQUELME SALAR, *Examen médico de la Vida y Pasión de Jesucristo*, Madrid, 1953, 85.

micos y tróficos del organismo. Sudó sangre, que, repetimos, no es sólo rotura de un vaso o trasudación, sino que el hecho en sí define la alteración de todo el metabolismo y de la mecánica vascular ocasionada por la ansiedad que tan frecuentemente le atenazaba. La "agonía" de Cristo allí fue, y la que precedió en la cruz a su muerte no pudo nunca compararse a la padecida en Getsemani" (9). Barbet señala la delicadeza espiritual de Cristo y la repercusión de su angustia en los vasos sanguíneos e indirectamente en las glándulas sudoríparas, provocando una hipersecreción (10).

Blanco Soler describe el estado del Redentor en impecable estilo clínico: "Y el trastorno vegetativo llegó al máximo: inestabilidad de los reflejos vasculares, angustia, mareo hasta el vértigo, taquicardia, sudoración, sensación de frío y calor alternando y sucediéndose, anhelo que poco a poco transformaría en *polipnea* —mayor frecuencia de respiraciones que la ordinaria— y, como tal, obraría sobre las constantes de la sangre con sus consecuencias de *alcalosis* —aumento de los metales alcalinos de la sangre y tejidos— astenia, fatiga invencible..." (11).

Jesucristo trasluce unos padecimientos sobrehumanos. El sudor de sangre, dados su diáfano conocimiento y siquis-

mo perfecto es la manifestación connatural a su naturaleza humana privilegiada, ensamblada con la divina en la Persona del Hijo de Dios. Jesús sufre por todos los que han de sufrir. Santifica el dolor.

#### Repercusión actual del sufrimiento del Huerto

A lo largo del tema desarrollado, hemos analizado la angustia y sus manifestaciones, que invaden, según algunos cálculos, del 25 al 75 % de la población de las grandes ciudades. Menninger, durante los años de la última guerra mundial, encontró que un 12 % de reclutas fue eximido del servicio militar por causas siquiátricas. De los 7 millones de enfermos síquicos de EE.UU. en la postguerra, 1 millón, aproximadamente, padecía sicosis; los restantes neurosis. Y no olvidemos que la angustia es el núcleo de la neurosis. Karen Horney, la autora de "La personalidad neurótica en nuestro tiempo", muestra como estímulo creador de conflictos síquicos el afán de triunfos, la competencia, la estimulación del individuo desde la cuna a la tumba. Y muchos no pueden dar lo que la sociedad, la familia les exige. Surge la inseguridad, el miedo al fracaso en el "hijastro de la cultura actual".

La lección del Hijo de Dios tiene hoy una actualidad sin precedentes. El hombre desea poseer, triunfar, pero la vida no da siempre el triunfo ni la posesión. Cristo nos ofrece la Vida con el Triunfo y la Posesión. Su camino es la renuncia y su lema, "Hágase tu voluntad".

(9) BLANCO SOLER, *Prólogo*, Ib. 21.

(10) BARBET, *La Pasion selon le Chirurgien*, París, 1950.

(11) BLANCO SOLER, *Examen médico de la Vida y Pasión de Jesucristo*, RIQUELME SALAR, 21.